

LA SACERDOTISA DE LA PALABRA

El cuerpo menudo de La Sacerdotisa de la Palabra se encorvó ligeramente para coger unos apuntes de su mesa de trabajo. Seguidamente fue hacia la entrada de su pequeña casa en busca de unas botas con punta de forma de pata de pato. Los diminutos rojos zapatos palmípedos cruzaron la salida de su hogar en dirección al gran templo del sacrificio. Descendía por las calles de la pequeña ciudad con el sosegado paso de la atemperada experiencia.

En el otro extremo de la urbe, en la parte baja, La Pecadora de la Palabra ascendía por el camino que llevaba al gran templo rojo con su impetuoso trote de caballo salvaje, tirando del enorme óvulo imaginario que arrastraba sobre sus espaldas. La Pecadora llegó a la ceremonia, como siempre, diez minutos tarde; el retraso ante la vida por la carga de la inadaptación. La Sacerdotisa había entrado en el templo hacía cinco minutos; el tiempo que atestiguaba un cierto sentimiento de hastío.

La Joven Pecadora entró tímidamente por la gran puerta del santuario. Echó un vistazo a los bancos y dudó si ponerse en las primeras o en las últimas filas. Como la que se siente culpable por su gran pecado, pensó, dándose golpes de pecho con su carpeta, que los primeros bancos eran los reservados para los fariseos de expedientes impolutos y decidió sentarse atrás del todo, en la soledad del que todo lo ve sin ser visto, pues desde esa posición se sentía como un modesto demiurgo de su propio mundo.

La ceremonia de la palabra aún no había comenzado. La diminuta sacerdotisa decidió bajar de la tarima par unirse al pueblo. Entre los bancos de la clase comenzó con su voz renqueante, como el chirriar de un carro de bueyes, a proferir la palabra. Envuelta en su colorista vestido hippy de diosa indú, MAGDALENA, Magdalena, Magdalena..... hizo que el tiempo, como su nombre, se escurriera , como el agua por el orificio de un bañal de cocina. Y el tiempo desapareció. Su boca se convirtió en un rico cáliz del cual salían volando divinas formas que se dirigían hacia las bocas de sus alumnos. Éstos, como peces en un universo de pecera, abrían sus bocas lentamente al unísono en busca de las hostias de oxígeno sagrado que La Sacerdotisa despedía de su dorado cáliz.

De repente la mirada de La sacerdotisa dejó de ser colectiva para clavarse sobre La Pecadora. Una redonda y divina forma salió del cáliz de su boca : “nunca perdáis la autenticidad”. La joven Pecadora abrió su enorme boca, como un pez a punto de morir ahogado, y devoró el verbo encarnado. La semilla espermica fue saboreada y tragada. Fue entonces cuando La Pecadora se alzó sobre el suelo y empezó a levitar. Dominada por el poder de la bilocación, permanecía en la clase a la vez que su óvulo imaginario la transportaba de regreso al Paraíso. Su cuerpo se despojó de sus ropas de invierno y se convirtió en el de una maravillosa Eva redimida en forma de luciérnaga. Una potente luz comenzó a salir de él, traspasando las paredes del templo, y envolvió a la ciudad en una claridad cristalina.

Y el tiempo comenzó de nuevo a transcurrir. La Pecadora con su nueva forma de luciérnaga recién salida de su capullo, tejido por una mano fría de mármol muerto, descendió de las alturas, mientras la egregia sacerdotisa daba fin al oficio. Por la mente de ésta pasó la tentación de despedirse con un: “¡Podéis ir! ¡La ceremonia ha terminado!”. Pero una mirada unió el pensamiento de las dos mujeres. En la cabeza de ambas rondaba el sentimiento de que al salir por la puerta el sacrificio de la palabra todavía no había hecho nada más que despegar el vuelo.